



## Jorge Fernández Menéndez

### Cuba: un dictador en visita de Estado

¿Qué le puede enseñar Miguel Díaz-Canel, presidente de Cuba, a México? ¿Con qué mérito o razón pronunciar se informó, un discurso hoy en la celebración de la Independencia nacional? Las decisiones diplomáticas del presidente López Obrador serían desconcertantes, si no fueran tan obvias: no es autonomía nacional defender a dictaduras como las de Venezuela, Cuba o Nicaragua, es indiferencia ante pueblos que están luchando por obtener mínimamente lo mismo a lo que tuvo derecho el propio López Obrador: a ser oposición, expresarse libremente, poder competir por el poder, y, cuando se gana, detentarlo.

Díaz-Canel, el mandatario cubano, no llega ni siquiera a la épica de sus antecesores. En julio pasado, con motivo de la oleada de manifestaciones opositoras que se dieron en Cuba (reprimidas con dureza por el régimen) contábamos que la única vez que pude entrevistar a Fidel Castro fue el 22 de julio de 1992 durante la Cumbre Iberoamericana de Madrid, en el momento de mayor aislamiento internacional de su gobierno.

En esa cumbre, salvo la interlocución con otros mandatarios que le brindó el entonces presidente Salinas de Gortari (prácticamente su única vía de comunicación con George Bush y luego con Bill Clinton en aquellos momentos), la recepción que le hicieron los demás jefes de Estado a Fidel, incluyendo a Felipe González, presidente del gobierno español, había sido dura, fría, incluyendo manifestaciones públicas en su contra en todas sus apariciones públicas.

Castro esa mañana estaba visiblemente afectado. Entre otras cosas hablamos de la muerte de Camilo Cienfuegos y ese día Fidel dijo una de esas frases que sólo podían explicarse en el ambiente de pesimismo que entonces lo rodeaba: “si yo hubiera muerto entonces (como Camilo en 1959), hoy también sería un héroe”. En 1992 definitivamente no lo era.

Fidel murió muchos años después, dejó el poder en 2008 y falleció en 2016. Su popularidad desde aquel 1992 tuvo vaivenes, pero lo cierto es que, en 62 años de gobierno, la Revolución Cubana, vive día con día el retroceso generado por una política anacrónica y que separa el discurso de la realidad, con un Estado burocratizado e incapaz de cubrir las exigencias mínimas de la gente.

También contábamos en julio pasado que un año antes de esa entrevista en Madrid, había estado en La Habana, para cubrir el aniversario del asalto al cuartel de Moncada. Se suponía que en esa ocasión el gobierno seguiría de alguna forma la línea de apertura del campo socialista, con la Unión Soviética, de la que había dependido económicamente des-

de 1962, a punto de desaparecer. Esa tarde, luego de horas de esperar bajo el sol de La Habana, Fidel dio un largo discurso en el que, por el contrario, endureció aún más el régimen (que meses atrás, como parte de una extensa purga, había ordenado el fusilamiento del general Arnaldo Ochoa, casualmente el más cercano a Gorbachov, héroe militar en Angola, y partidario de una apertura gradual) y lanzó el llamado periodo especial, que llevó la economía popular y el racionamiento a extremos que nunca antes se habían sufrido y cuyas consecuencias se arrastran hasta hoy.

Cuando Fidel dejó el gobierno, su hermano Raúl, decíamos, intentó recorrer algo así como el camino chino de desarrollo y en ese contexto se dieron los acuerdos con Barack Obama y la reapertura de las relaciones diplomáticas, con visita de Obama a La Habana incluida. El sueño duró muy poco, el régimen no se abrió casi en nada. El deshielo terminó poco después con la llegada de Trump al poder, aunado al debilitamiento del apoyo del régimen venezolano a Cuba, ya con Díaz-Canel como presidente.

Han pasado las décadas y el sistema no cambia. Cuba, vive hoy con una población cada vez más angustiada económicamente, con un régimen cada día más cerrado en términos políticos y económicos, con un gobierno formado por burócratas ajenos al contacto con la gente, y con una sociedad que, por el turismo, por el contacto con el exilio, por las redes sociales, aunque estén restringidas y censuradas, sabe que ese no es su destino manifiesto.

Cuando se dieron las manifestaciones en julio pasado, el presidente Díaz-Canel acusó a los manifestantes de contrarrevolucionarios (la enorme mayoría de ellos, como él mismo, ni siquiera habían nacido en 1959), dijo que estaban manipulados por Estados Unidos, responsabilizó de la situación al bloqueo iniciado en 1962, y pidió a sus partidarios que salieran a las calles a “defender a la revolución” y a contragolpear, con lo que fuera, a sus opositores. Y así lo hicieron, dejando unos cientos de encarcelados.

En medio de aquella oleada represiva, el presidente López Obrador, cuya simpatía por el régimen cubano es pública, envió seis barcos con alimentos, medicinas y vacunas al gobierno cubano y exigió a Estados Unidos que termine con el bloqueo a Cuba (una medida inútil, que termina siendo una coartada para el régimen), pero nunca le pidió al gobierno cubano que no reprimiera a sus opositores y otorgara libertades básicas, políticas, sociales y económicas, conculcadas desde hace 62 años. Y refrendó ese respaldo con la invitación a Díaz-Canel, un dictador en visita de Estado.



## Francisco Garfias

### Invitado de honor

Confieso que en mis épocas de estudiante de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM fui simpatizante de Fidel Castro y de la Revolución Cubana.

Me enorgullecía el hecho de que, en aquel mundo bipolar, México fuera el único país de América Latina que no rompió relaciones con Cuba para complacer a Estados Unidos y que no votara a favor de su expulsión de la OEA.

Cantaba con fervor las canciones de Carlos Puebla. Mi verso preferido era “Fidel, Fidel, ¿qué tiene Fidel, que los americanos no pueden con él?”. Lo veía con admiración y respeto. Pero el mundo cambió. Las ideas también.

Mi historia encajaba con aquello de que el que no es comunista a los 20 años es un penacho, pero el que lo sigue siendo después de los 40 es doblemente penacho.

En años posteriores viajé a Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia –detrás de la cortina de hierro– y a Cuba. Quería ser testigo de cómo se vivía en el socialismo. Me desilusioné por completo. Vi estados policíacos y ciudadanos sin expectativas.

\*Escribo lo anterior a propósito de la llegada del presidente de Cuba, Miguel Díaz-Canel, a nuestro país. Está en México para participar en la VI Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), a la que asistirán 17 jefes de Estado. Hasta allí todo bien.

La bronca es que también es el invitado de honor del gobierno

en estas fiestas patrias. AMLO le otorgó otra distinción. Va a ser orador el 16 de septiembre. ¿A título de qué?

Ese hombre sometió a palos a los cubanos inconformes que en julio pasado salieron a las calles al grito de ¡libertad!, ¡libertad! Los metió a la cárcel por manifestarse. Los llamó “gusanos”. Es un dictador.

¿Qué mensaje manda López Obrador al distinguirlo de esa manera? Preguntamos a Rubén Cortés, periodista mexicano de origen cubano.

Esto fue lo que respondió: “Es un mensaje alto y claro del Presidente mexicano: el sistema comunista cubano de prohibición de elecciones, de prohibición de propiedad privada, de no libertad de expresión, de movimiento ni de credo, es el que más le simpatiza.

“Ya antes, el Presidente mexicano pidió que el país dirigido por ese sistema oprobioso sea declarado monumento de la humanidad.

“Invitarlo es hacer apología a la guerra civil, a la polarización entre los ciudadanos. El 11 de julio Díaz-Canel llamó a los cubanos a matarse entre sí...”.

La visita de Díaz-Canel a México se destacó ayer en el portal de Granma, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba. Acompaña la noticia con una foto del presidente cubano con AMLO —es la tercera vez que viene—.

Un poco más abajo reproduce un tuit del dictador que recoge una frase de Fidel Castro alusiva al significado que México es para el resto del continente.

“La Revolución Mexicana constituyó una fuente de profunda inspiración para el movimiento revolucionario latinoamericano”, escribió.

\*Lorenzo Córdova recordaba ayer los ataques y descalificaciones que –desde los más altos niveles del gobierno– se le han hecho al INE por decisiones apegadas a la ley que disgustan a AMLO.

Nos referimos no sólo al anuncio del Presidente de que enviará al Congreso una reforma electoral para hacer una limpia en el Consejo General del INE.

Sino a las amenazas –no cumplidas afortunadamente– de ir a buscar a sus casas a los consejeros que votaron por retirar las candidaturas Félix Salgado, en Guerrero, y Raúl Morón, en Michoacán.

“Una cosa bastante desagradable”, puntualizó el presidente del Consejo General del INE, al participar en el seminario Elecciones en tiempos de pandemia, organizado por el Parlamento Mercosur.

\*Muchos ven al consejero presidente como un buen prospecto para ser candidato en las elecciones presidenciales del 2024. En tiempos difíciles para la democracia mostró temple, no se amedrentó ni se enganchó en pleitos. Salió ganón.

Extrañamente, AMLO ha dejado de hostigar al INE. Ya no habla de desaparecerlo. Hoy vemos al presidente de la mesa directiva de la Cámara de Diputados, Sergio Gutiérrez Luna, morenista, firmar un acuerdo de colaboración con el instituto que no encaja en los planes de barrer con el actual árbitro electoral.



## Pascal Beltrán Del Río

### ¿Descolonizar la historia?

Cuando buscan justificar el retiro de la estatua de Cristóbal Colón, los voceros de este gobierno dicen que es necesario revisar la historia para despojarla de los resabios de la colonización.

Buena suerte con eso.

Si para lograrlo bastara con refundir un monumento, sería muy sencillo. Que le pregunten a quienes arrancaron la estatua a George Washington de la intersección de las calles Londres y Dinamarca –con motivo de la invasión a Veracruz en abril de 1914– y la enviaron castigada a un rincón del Bosque de Chapultepec. Sobre decirlo: eso no le quitó ni una pluma al gallo de Estados Unidos.

Para “descolonizarnos” en el sentido que lo propone la auto-

denominada Cuarta Transformación, habría que hacer bastante más.

Haga la prueba. Salga de su casa. Vaya al Centro Histórico. Ahí se encontrará las calles Isabel La Católica, llamada así en recuerdo de la financiadora de los viajes de Colón, y Donceles, una de las más antiguas de la ciudad, lugar de residencia de las familias acaudaladas en la Colonia. Pase por el Zócalo, formalmente llamado Plaza de la Constitución, cuyo nombre se debe a la de Cádiz de 1812 y no a la de Querétaro. Ahí podrá admirar el edificio del Nacional Monte de Piedad, a donde van los capitalinos a resolver alguna dificultad económica, y la Catedral Metropolitana, a la que acuden cuando las cosas se ponen más difíciles y donde es-

tán enterrados muchos de los virreyes.

Tome rumbo por el poniente. Un poco después de cruzar el Periférico, se encontrará la avenida Virreyes, que hace esquina con la calle Gaspar de Zúñiga, noveno jefe de la Nueva España, quien poseía el título nobiliario de conde de Monterrey, de donde tomó su nombre la ciudad de –adiviné usted– Monterrey, capital de Nuevo León, estado bautizado así por el conquistador Luis Carvajal y de la Cueva, en honor del rey Felipe II, originario de León.

O vaya por el sur de la capital, también conocida mundialmente como La ciudad de los palacios. Uno de ellos es el Palacio Nacional, que hasta el momento de la independencia fue el Palacio Real, cuya cons-

trucción se inició en 1522, como residencia privada de Hernán Cortés.

Para salir del Centro, use la avenida Bucareli, abierta por el virrey del mismo nombre. Vaya todo derecho hasta Coyoacán, donde se encuentra la Capilla de la Concepción, mandada construir por el mismísimo Cortés.

¿Se aburrió de la capital? Salga de ella y pase por Salamanca, donde lo alcanzará el recuerdo de las ciudades homónimas de las españolas: Zamora, León, Soria, Lerma, Durango, Medellín –igual que el pueblo natal de Cortés–, Córdoba –llamada así en honor de otro virrey–, Guadalajara, Loreto, Valladolid, Mérida...

Vaya a Veracruz, lugar de desembarco de los conquista-

dores, el 22 de abril de 1519, Viernes Santo o Día de la Verdadera Cruz. Más al sur encontrará Alvarado, que debe su nombre al adelantado Pedro de Alvarado. Y si sigue rumbo al sureste, tendrá que cruzar el río Grijalva, por cuya desembocadura pasó, en 1518, el conquistador Juan de Grijalva.

Trece de las 32 entidades federativas del país tienen nombre castellano, al igual que seis de las 18 capitales estatales cuyo nombre es distinto que el del estado respectivo. Por ejemplo, La Paz, bautizada así, en 1596, por el explorador español Sebastián Vizcaíno, a quien se debe el nombre de la sudcaliforniana reserva de la biosfera.

Y si viaja más allá de las costas del país se encontrará con las islas Revillagigedo, llama-

das así por el marino inglés James Colnett, quien fue capturado por un navío español mientras exploraba la isla Socorro, en 1793, y liberado por orden del virrey Juan Vicente de Güemes, conde de Revillagigedo, a quien Colnett agradeció de esa manera.

Como se ve, “descolonizar” nuestra historia será un poco más complicado de lo que suponen aquellos que quieren castigar la memoria de Cristóbal Colón con la remoción de su estatua, mismos que renombraron oficialmente el episodio de la Noche Triste y la calle Puente de Alvarado. Eso podrán hacerlo en la capital, porque rebautizar el puerto del mismo nombre le valdría a quien lo intente una alvaradefia mentada de madre.